

Las relaciones hispano-marroquíes en el umbral del siglo XXI

Un balance actual de las relaciones entre España y Marruecos nos lleva a atisbar algunos cambios. Si existe por una parte una larga historia bilateral de desencuentros, se pueden observar determinados cambios introducidos por una cierta mejora mutua de la imagen de cada país en el otro y por el cambio en los ámbitos de negociación. Según esto, permanecen aún problemas bilaterales tales como la soberanía sobre Ceuta y Melilla y los derivados de la descolonización del Sahara. Cambian los problemas relacionados en la actualidad con ámbitos de negociación más amplios tales como el intercambio de frutas y hortalizas, la pesca, la colaboración en la defensa, la política de inmigración, etc., que pasan a ser problemas también de la UE, de la OTAN y de otros organismos internacionales.

Ángel Pérez González*

* Analista de Relaciones Internacionales.

LA historia reciente de las relaciones hispanomarroquíes se ha caracterizado bien por el desinterés, bien por el abierto enfrentamiento. La colonización española, difícil y dolorosa para españoles y rifeños; el desprecio de aquélla por las autoridades francesas en el resto de Marruecos, algo que generó una imagen negativa de España, su cultura y economía que todavía persiste; los conflictos en Tarfaya, Ifni y el Sahara (1), la descolonización de este último territorio, aún pendiente; y las tensiones en torno a la pesca y las aguas territoriales constituyen por sí solos fenómenos que explican la tensión política permanente entre ambas naciones, a pesar de su cercanía geográfica y, en algunos aspectos, histórica.

Las relaciones entre ambos Estados han estado marcadas, por tanto, por la descolonización y la imagen que ha pervivido de aquélla en la conciencia de elites y ciudadanos marroquíes. El carácter de potencia menor de España, la fuerte asimilación francesa de la delgada elite cultural, política y económica de Marruecos, se tradujeron en una relación privilegiada con Francia y un postergamiento del vínculo con España. La independencia (2) supuso la desaparición del español en el sistema escolar, la desaparición de España como potencia económica en la zona, la desaparición de todo rastro de su administración, moneda y, aunque más lentamente, de su presencia militar; la rebelión del Rif (3) en defensa, paradójicamente, de un mayor reconocimiento de la lengua, administración y sistema escolar españoles; el inicio de reclamaciones territoriales con frecuencia sin base jurídica sólida. En pocas palabras, la tensión con España se convirtió en una constante en Marruecos, utilizada para alimentar un nacionalismo creciente y reforzar una monarquía autoritaria y semifeudal (4) sometida inicialmente a fuertes presiones internas. La llegada al trono de Hassan II tras la muerte de Mohamed V no hizo sino reforzar estas contradicciones.

(1) Para un mejor conocimiento de este problema es recomendable la obra de Rafael Casas de la Vega, *La última guerra de África (campaña Ifni-Sahara)*, Servicio de Publicaciones del EME, Madrid, 1985.

(2) M.^a Concepción Ybarra Enríquez de la Orden: *España y la descolonización del Magreb. Rivalidad hispano-francesa en Marruecos 1951-1961*, Ed. UNED, Madrid, 1998.

(3) *Ibidem*, pág. 363-386. También es interesante la obra de Plácido Rubio Alfaro y Miguel Lacalle Alfaro: *Albucemas*, Ed. Autores, Málaga, 1999.

(4) La biografía de Malika Ufkir, hija del coronel Ufkir, asesinada tras su intento de golpe de Estado, es una descripción descarnada del Majzen y la represión durante el reinado de Hassan II. Malika Ufkir y Michèle Fitoussi, *La Prisonnière*, Ed. Grasset & Fasquelle, París, 1999.

Viejos y nuevos problemas

LA descolonización del Sahara, coincidente con la muerte de Franco y el inicio de la transición en España, constituyó el punto álgido de la tensión hispano-marroquí. A partir de ese momento las relaciones se suavizan por dos razones. La primera, evidente, porque ya no había más territorios que reclamar. La segunda, porque la consolidación de la monarquía y la necesidad de hacer frente a la guerra en el Sahara Occidental generaron un cambio de prioridades en la política exterior de Rabat. España, por lo demás, no sólo consolidaba su democracia, sino que comenzaba un desarrollo económico que la convertiría pronto en un actor regional relevante y, por tanto, más interesante para Marruecos. En este marco se congelan los que han sido tres grandes problemas estructurales en las relaciones hispano-marroquíes, a saber, la descolonización definitiva del Sahara, el problema de la pesca y la reclamación marroquí de Ceuta y Melilla. Posteriormente aparecen dos más de notable importancia: la inmigración y la relación de Marruecos con la Unión Europea (UE).

La cuestión del antiguo Sahara Español (5), cuya administración fue abandonada por España tras la firma del Tratado de Madrid en 1975, constituye el mayor reto para la política interior y exterior marroquí; ha limitado la evolución del régimen hacia formas más democráticas y ha malgastado parte de los escasos recursos con que cuenta el reino alauita para promover su crecimiento económico. Aunque en principio ya no es una cuestión bilateral hispano-marroquí, lo cierto es que España no reconoce la soberanía de Marruecos en tanto no se aplique el plan de paz de Naciones Unidas acordado en 1988 y bloqueado desde 1990. A ello hay que añadir la fuerte sensibilización de la sociedad española y sus medios de comunicación, claramente favorables a la independencia del Sahara Occidental. Las visitas de políticos marroquíes a España se ven siempre ensombrecidas por protestas y declaraciones en ese sentido, algo que molesta profundamente en Rabat.

Ceuta y Melilla (6) continúan siendo reclamadas por Marruecos atendiendo a razones de índole geográfico e histórico discutibles. La confrontación en este asunto ha ido disminuyendo, si bien no ha evitado tensiones

(5) Ángel Pérez González: «Sahara Occidental: la descolonización pendiente», *Razón y Fe*, n.º 1.207, mayo, 1999, Madrid, pág. 523-531.

(6) Sobre Ceuta y Melilla es recomendable la obra de Dionisio García Florez: *Ceuta y Melilla, cuestión de Estado*, Ed. Ciudad Autónoma de Melilla & Ciudad Autónoma de Ceuta, 1999.

puntuales como la generada en 1995, cuando se concedieron los respectivos estatutos de autonomía a las dos ciudades. Sin duda los fuertes intereses económicos creados entre ambos países han hecho palidecer un problema donde las posiciones son, por necesidad, irreductibles. Marruecos las considera colonias. España, atendiendo a presupuestos jurídicos e históricos más que razonables, rechaza tal calificación. Sus ciudadanos respaldan masivamente su españolidad y ni siquiera el aumento proporcional de la población de origen marroquí (7) ha modificado esa pauta de comportamiento político. Marruecos insiste además en establecer un paralelismo entre Ceuta y Melilla y la cuestión de Gibraltar, rechazada por el gobierno español.

El tercer contencioso crónico en las relaciones entre ambos Estados es el de la pesca, una tensión que tiene su origen en la cesión del Sahara en 1975 y el incumplimiento posterior por parte de Marruecos del Tratado de Madrid, que contemplaba la presencia de buques de pesca españoles durante varios años; la aprobación de la Convención Internacional del Mar en 1982, muy influida por los intereses de Estados en desarrollo y que no contemplaba el reconocimiento de derechos históricos de pesca; y, por último, en la fijación por parte de Marruecos de una zona económica exclusiva, figura creada en la convención de 1982, que desconocía los intereses españoles y los derechos territoriales derivados de la posesión de Canarias, Ceuta y Melilla. Aunque España protestó formalmente por ello, de hecho no ha procedido al establecimiento de las líneas de base que permitan fijar su correspondiente zona exclusiva. Éste es, aunque la mayor parte de los ciudadanos tanto en España como en Marruecos lo desconozcan, el más importante de los conflictos territoriales que subsisten entre ambos Estados. Las dificultades, crecientes desde 1975, para alcanzar acuerdos en esta materia persistieron tras el ingreso de España en el Mercado Común Europeo (en 1989 la armada marroquí apresó una media de un barco español cada tres días). Desde un principio, las relaciones pesqueras entre la Unión Europea y Marruecos han tenido como telón de fondo el deseo marroquí de reducir progresivamente la presencia de buques extranjeros, esencialmente la flota española, sustituyéndolos por los propios. En 1995 Marruecos anunció que no volvería a negociar en las condiciones que venían siendo tradicionales, algo que ha cumplido en la actualidad, alegando el agotamiento del banco pesquero, efectiva-

(7) Sobre las características demográficas y la vida política de Melilla y Ceuta, además de la obra de Dionisio García (op. cit. n.º 6), es interesante el estudio de Ana I. Planet Contreras: *Melilla y Ceuta, espacios frontera hispano-marroquíes*, Ed. Ciudad Autónoma de Melilla & UNED, 1998.

mente sobreexplotado, y la necesidad de contrapartidas que repercutan de manera efectiva en el desarrollo de su sector pesquero. Aunque sea duro para el sector pesquero español y con independencia de que algún género de acuerdo sea alcanzado, una reestructuración de la flota y de la industria derivada de la pesca será a medio plazo una necesidad imperiosa. Sencillamente o no se podrá pescar o hacerlo no compensará por su coste o por la competencia de la futura industria marroquí, que en todo caso obligará a redimensionar la actividad española en el sector dependiente del banco sahariano (8).

La relación entre Marruecos y la UE también ha creado problemas entre ambos Estados. La incorporación de España a la entonces Comunidad Económica Europea (CEE) fue vista con suspicacia en Marruecos, dado que suponía a medio plazo una seria limitación de las posibilidades de exportación de sus productos agrícolas. Desde 1975 la CEE había desarrollado acuerdos de cooperación con los Estados del Magreb, que establecían reducciones arancelarias con la política agrícola común. La producción española mermaba considerablemente esa compatibilidad. Las sucesivas ampliaciones de los contingentes de importación procedentes de Marruecos, enmarcados en la política de cooperación euromediterránea, se han recibido con preocupación cuando no abierto rechazo por los agricultores españoles. La actitud de España, recelosa por necesidad en el tema de las importaciones agrarias y firme en lo concerniente a las negociaciones pesqueras, ha reforzado su imagen en Marruecos como un vecino esencialmente contrario a sus intereses, un fenómeno que en medios diplomáticos es fácil superar, pero que perjudica la imagen que cada sociedad tiene de la otra.

Por último, el problema de la inmigración y su control ha complicado más si cabe la delicada relación entre ambos gobiernos. España pretende que Marruecos ejerza un control eficaz de sus costas, impidiendo la salida masiva de pateras. También está interesada en que el reino alauita acepte los inmigrantes expulsados de España de origen no marroquí, alegando que alcanzaron territorio español atravesando Marruecos. Este último se niega, amparándose en que es imposible probar si esos inmigrantes partieron de las costas marroquíes o no. El problema es serio. Centenares de inmigrantes subsaharianos han esperado alrededor de Ceuta y Melilla una posibilidad para saltar la frontera durante meses y, hasta ahora, las fuerzas de seguridad marroquíes, cuyo despliegue en la costa mediterránea se ha hecho más evi-

(8) Una visión marroquí de los problemas expuestos hasta ahora es la que encontramos en la obra de Edouard Moha: *Las relaciones hispano-marroquíes*, Ed. Algazara, Málaga, 1992.

dente, no han tenido éxito, por razones variadas que van desde la falta de órdenes claras —la acción de la gendarmería marroquí sólo ha sido contundente en las zonas limítrofes con Ceuta y Melilla y tras la insistencia española— hasta la corrupción de sus agentes. Como los problemas anteriores, éste también se trata en el marco de una relación que ha ido mejorando poco a poco, pero en definitiva sigue sin resolverse, haciendo inevitables los incidentes y malentendidos.

La imagen mutua: mejorable

EL pasado reciente y los problemas actuales han generado una imagen mutua distorsionada, repleta de estereotipos y animadversiones. La imagen heredada de los franceses fue la de una potencia de escaso desarrollo económico, mediocre administración y cultura de tintes folclóricos. Por extraño que parezca, esta idea persiste en Marruecos, donde se considera a España como un igual con pretensiones, algo que la convierte en un vecino antipático. Esta idea se transmite sin pudor en los medios de comunicación, de libertad limitada, hasta la muerte de Hassan II y sus reflejos han continuado tras su fallecimiento. Sólo en las antiguas zonas de soberanía o administración española, esto es, en el Rif, Yebala y el Sahara, mejora sustancialmente la imagen de España y los españoles, territorios cuyo menor desarrollo y mayor ruralismo son achacados con desdén a la colonización hispana. En los últimos años comienza a consolidarse una imagen de España más benigna, como potencia económica y como Estado cuyo desarrollo político conviene imitar. El hecho de que ambos sistemas políticos sean monarquías facilita esta comparación. Otro aspecto de la estructura política española que atrae la atención es el sistema autonómico, donde se ha querido ver una posible solución al conflicto del Sahara y a otros focos de tensión potenciales, como las reclamaciones culturales bereberes (9). En cualquier caso, la imagen que se transmite de España es pésima (10), poniendo de

(9) Mouloud Lounaoui: «Los Bereberes, dos mil años de resistencia cultural», *Revista de Estudios Amaziges*, n.º 4, Melilla, 2000, pág. 55-66. También es interesante el artículo de Hassan Id Belkassem, «El movimiento cultural amazige y la situación actual de las reivindicaciones lingüísticas y culturales en Marruecos», en *Rev. de Estudios Amaziges*, n.º 4, Melilla, 2000, págs. 109-120.

(10) Domingo del Pino Gutiérrez: «España y el Magreb: percepciones mutuas de geometría variable», en *Cuadernos de Estrategia*, n.º 106, marzo, 2000, pág. 187-199.

relieve los aspectos más negativos de su realidad actual, por ejemplo el terrorismo, escamoteando sus notables avances en política internacional y su peso económico, y dando la impresión de que vive obsesionada o atemorizada por Marruecos (11).

El caso de España no es muy distinto. Sin olvidar que la imagen de un país musulmán está automáticamente mediatizada por la idea del Islam en Occidente y la fuerte impresión causada por los movimientos fundamentalistas, justo es reconocer que en este caso la idea de Marruecos va asociada a hechos mucho menos abstractos. La pesca, que pone en pie de guerra al sector pesquero periódicamente; la competencia de cítricos y tomates marroquíes, la reclamación de Ceuta y Melilla y la fuerte solidaridad con el pueblo saharauí condicionan, para mal, la imagen de Marruecos. El fenómeno de la inmigración ha empeorado más, si cabe, la imagen de los ciudadanos provenientes de allende el estrecho. La imagen de Marruecos en el gran público español se consolida como la de un país pobre, emisor de indocumentados y enemigo de las aspiraciones legítimas de un pueblo amigo, el saharauí. Algo que contrasta, sin embargo, con la idea triunfante en el medio empresarial de un país con posibilidades de desarrollo, donde la inversión puede ser rentable bien como consecuencia de su crecimiento, bien como una forma de deslocalizar y abaratar así determinadas producciones. Varios centenares de empresas españolas están presentes en Marruecos y algunas inversiones, como la de Telefónica en Médi-telecom (160.000 millones de pesetas), constituyen hitos en la vida económica del reino alauita.

La acción española

ESPAÑA, en un intento de reducir las posibles tensiones que los problemas expuestos y la propia inestabilidad de Marruecos pudieran provocar, ha intentado con éxito desigual poner en marcha un ambicioso programa de cooperación económica y militar que ha convertido a Marruecos en el socio privilegiado de España en el Magreb, representando ya algo más del 4 por 100 de las exportaciones españolas. Esta política desembocó en 1988 en la firma de un acuerdo marco de cooperación

(11) En septiembre de este año 2000 la revista marroquí *Assabifa*, vinculada al partido nacionalista Istiqlal, atribuyó a España intenciones bélicas contra Marruecos, calificándola de león respecto a este último y simple gato respecto a Europa. *El País*, 26 de septiembre, 2000.

económica y financiera que debía regular la cooperación bilateral hasta 1992. El acuerdo, sin embargo, no se puso en marcha hasta que la visita de Hassan II en 1989 permitió su desbloqueo, consolidando así una larga tradición en las relaciones hispano-marroquíes, a saber, la dificultad en dar cumplimiento a los convenios previamente pactados. El desbloqueo, en todo caso, sólo se produjo en aquellos aspectos que Marruecos consideró prioritarios, esto es, la cooperación militar, la institucionalización de contactos entre Jefes de Estado y el estudio de un enlace fijo en el estrecho de Gibraltar. Durante los años ochenta, Marruecos se convirtió en uno de los tres importadores más importantes de armas españolas, pero la cooperación en otros ámbitos, incluido el cultural (12), siguió siendo errática y poco exitosa. El despegue definitivo de la cooperación bilateral no tiene lugar hasta 1991, cuando se firma un Tratado de Amistad que pretende ordenar las diferentes materias de interés mutuo e inaugura un período en el que conscientemente se dejan a un lado los problemas más espinosos existentes entre ambos Estados. El tratado fue seguido del acuerdo pesquero de 1995 y de la concesión de un crédito de 15.000 millones de pesetas en 1996. A partir de ahora España y Marruecos dan prioridad absoluta a los intereses económicos. Además, por parte de España, se vuelve a prestar interés específico al norte del país (13), el antiguo protectorado, iniciando una cooperación de poca entidad todavía, pero que denota un cambio en la actitud marroquí hacia la antigua influencia española en la zona. Un idillio que la situación actual de las negociaciones pesqueras pone en entredicho.

Otro aspecto en el que la política española ha puesto muchas esperanzas a la hora de mejorar las relaciones con Marruecos es el de la cooperación llevada a cabo por organizaciones internacionales de las que España es miembro, concretamente la UE y la Alianza Atlántica (OTAN). Este marco permite encarar la cooperación y el diálogo institucional al margen por completo de las problemas bilaterales, que quedan en un segundo plano, en un ámbito internacional. En el caso de la UE los esfuerzos de España, Italia, Francia y Portugal desembocaron en 1995 en la celebración de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona, cuyo objetivo no era otro que establecer

(12) La prueba más evidente del progresivo alejamiento cultural entre ambos Estados es la presencia decreciente de la lengua española en Marruecos. A este respecto es interesante el artículo de Francisco Moreno Fernández: «El español en el Norte de África», en *La Lengua y Literatura españolas en África*, Ed. V Centenario de Melilla, S. A. & Ministerio de Educación y Cultura, Melilla, 1998, pág. 187-202.

(13) Ángel Pérez González: «El Rif en las relaciones hispano-marroquíes», *Razón y Fe*, n.º 1.183, mayo, 1997, pág. 536-542.

la bases de un espacio de prosperidad compartida, con el fin de crear para el año 2010 una zona de libre comercio. Este proceso, que ha tenido continuidad desigual en las conferencias de Malta (1997), Palermo (1998) y Stuttgart (1999), se ha completado con la firma de Acuerdos de Asociación de algunos Estados norteafricanos, entre ellos Marruecos, cuya puesta en práctica ha generado un fuerte rechazo en algunos sectores productivos españoles; y con la creación de un instrumento financiero capaz de sostener el proceso iniciado en Barcelona. Este instrumento ha sido el programa MEDA, que ha mejorado la situación macroeconómica de la región y del que se ha beneficiado intensamente Marruecos (14).

La otra organización que ha establecido una incipiente relación con el norte de África es la OTAN, a través del denominado diálogo mediterráneo (15). Se trata de una parcela todavía pequeña de los intereses de la Alianza en la que España ha puesto empeño y cuya estructura es netamente bilateral, esto es, se dialoga con cada Estado de manera independiente. Su objetivo es mejorar la confianza mutua y cooperar en áreas vinculadas a la defensa. Su traducción institucional es el Grupo de Cooperación Mediterránea, dependiente del Consejo del Atlántico Norte, y por ahora ofrece más potencialidades que realidades.

El nuevo Marruecos

LA muerte de Hassan II y la entronización de su sucesor, Mohamed VI, han creado numerosas expectativas tanto en lo concerniente al futuro del régimen político en Marruecos como al posible desarrollo de las relaciones con España.

La mayor parte de los analistas (16) coinciden en una percepción optimista de los cambios que se están produciendo en el país. Todavía es pronto, desde luego, para una valoración en profundidad, pero no todos los sig-

(14) Pedro López Aguirrebengoa: «El Magreb y el proceso euro-mediterráneo. Una perspectiva europea y española», en *Cuadernos de Estrategia*, n.º 106, marzo, 2000, Madrid, pág. 237-266.

(15) Alberto Bin: «The Security Dialogue Toward the Mediterranean», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 49, mayo, 2000, Barcelona, pág. 77-87.

(16) Bernabé López: «Marruecos en clave de apertura», *Política exterior*, n.º 72, vol. XIII, noviembre-diciembre, 1999, Madrid, pág. 9-18. También es ejemplo de esta actitud Mohamed Larbi Benothmane, «El Marruecos de Mohamed VI», *Política exterior*, n.º 73, vol. XIV, enero-febrero, 2000, Madrid, pág. 21-26.

nos de cambio —eso es lo menos que hay que reconocer—, parecen halagüeños. Marruecos se encuentra en una situación cuya descripción lo dice todo: pobreza, agricultura anticuada y altamente dependiente de las contingencias meteorológicas, analfabetismo generalizado, deficientes infraestructuras, corrupción, concentración de la riqueza, falta de seguridad jurídica, sistema económico opaco, sometido a numerosas interferencias estatales; escasa vertebración de la sociedad civil, auge de movimientos islamistas (17) y administración anquilosada y poco eficiente. La política económica del período de gobierno de Hassan II ha generado innumerables desequilibrios entre el campo y la ciudad, la montaña y las fértiles mesetas interiores. Estuvo animada por criterios capitalistas en cuanto a sus objetivos, pero no en lo relativo a su gestión, contaminada por la corrupción y desanimada por la concentración del poder económico. La pequeña clase media marroquí, axfisada en unas cuantas ciudades, repleta de aspiraciones, se ve incapaz de romper ese molde que alimenta el islamismo urbano, la emigración o la disidencia política y cultural de carácter occidentalizante. Con este panorama, lo mejor que se puede decir es que la libertad de acción de Mohamed VI es limitada. Es cierto que en sus dos primeros discursos el rey reconoció esta situación, su talante es modernizante y social. En parte por convicción, parece no haber duda, pero también por necesidad. La despreocupación social se encuentra en la base del ascenso islamista.

Sus primeros actos de política interior y exterior han sido confusos. Destituyó al que fuera mano derecha de su padre, el ministro del interior Dris Basri, pero lo hizo sin consultar al Primer Ministro, Yussufi, ni siquiera por cortesía. Este hecho puso en evidencia la debilidad de un gabinete de gobierno que deja en manos del rey la seguridad interior, el control de las fuerzas armadas y la elección de los gobernadores civiles. No parece que esta situación vaya a cambiar. Creó una comisión real de seguimiento de los asuntos saharianos, pero esto no le ha impedido continuar una política obstaculizante en la aplicación del plan de paz de la ONU ni vetar la publicación de información sobre este asunto, como sucedió en abril del 2000 con la revista *Le Journal* (18). Y en lo que respecta a España, la visita en septiembre de este año de Mohamed VI no pudo dejar un sabor de boca más agrídulce. Se produjo después de las visitas del monarca a los EE.UU. y a Francia. Se mantiene, por tanto, la jerarquía establecida en el reinado de su padre. Mohamed VI excluyó cualquier acto público que no fuera en espacios cerrados y estre-

(17) Gema Martín Muñoz: «Marruecos, islamismo y democratización», *El País*, 30 de mayo, 2000, pág. 16.

(18) *Le Journal*, n.º 118, 15-21 de abril, 2000.

chamente controlados, evitando así las protestas favorables al Frente Polisario. Declinó el ofrecimiento español de un tratamiento propio de alto jefe de Estado, por tanto la visita tuvo un perfil bajo, y el rey viajó sin sus ministros de interior y pesca, evitando así tratar los dos temas candentes en la actualidad entre ambos países, el acuerdo pesquero y la emigración. La continuidad, por tanto, a pesar de la notable mejoría de la forma, parece que será la tónica de las relaciones hispano-marroquíes en el futuro próximo.

Conclusión

EL pasado reciente de las relaciones entre España y Marruecos ha estado plagado de desencuentros, que han dejado un amargo sabor de boca. Pretender que la memoria colectiva no influya en el desarrollo de las relaciones bilaterales, máxime cuando uno de los Estados concernidos tiene un régimen democrático, España, que permite la expresión libre de aquélla; y el otro, Marruecos, con un exceso de nacionalismo histórico que ha moldeado la política y la percepción popular de los acontecimientos, es imposible.

El presente, a pesar de las buenas intenciones que ambos gobiernos se esfuerzan en materializar, está repleto de incógnitas. La mayor parte de los problemas enunciados son de difícil solución. La emigración masiva desde aguas o tierras marroquíes o la tensión en aquellos sectores económicos compartidos, como la pesca o los vinculados a determinados productos agrícolas, no pueden ser esquivados y, a buen seguro, continuarán generando malentendidos. El futuro del antiguo Sahara español no puede ser desligado de la estabilidad de régimen marroquí. Ceder en este asunto es impensable en Marruecos desde esa óptica, pero la sensibilidad social en España continuará por otros derroteros, al menos mientras la sensación de ser responsables siga siendo algo cotidiano entre muchos ciudadanos. Todavía más espinosa es la reclamación de Ceuta y Melilla. En este caso las posturas son irreconciliables por necesidad, no sólo las que mantienen ambos Estados, sino las que mantienen ambas sociedades y en particular los ciudadanos afectados. Los habitantes de las dos ciudades son contundentes al tratar el tema: la soberanía no puede ser objeto de negociación; y eso disgusta profundamente en las instituciones y medios de comunicación marroquíes, que han descargado su desánimo sobre aquellos, calificándolos con frecuencia de contrabandistas o, en el caso de los musulmanes, de simples traidores, comparándolos con aquellos que, en su momento, apoyaron a Francia en Argelia.

La continuidad, sin duda, marcará los años venideros en las relaciones entre ambos países, al menos mientras Marruecos permanezca en un estado de lento y desequilibrado desarrollo, no sólo económico, sino político y social. Una falta de modernidad que dificulta el diálogo y que se traduce en una cultura política en exceso nacionalista, herencia del anticolonialismo; una democracia claramente incompleta, a duras penas formal y escasamente liberal y una comprensión decimonónica de la política exterior, individualista, en exceso agresiva y poco o nada vinculada a la idea de cooperación. La geografía, en cualquier caso, hará inevitable el esfuerzo por reconducir una relación hasta ahora poco prolífica y de la que, en cualquier caso, no conviene esperar milagros.